

## LA PESTE EN CERDEÑA A MEDIADOS DEL SIGLO XVII. CUESTIONES DEMOGRÁFICAS Y SOCIALES\*

Francesco Manconi

*Cattedra di Storia Moderna. Università di Sassari (Italia)*

**Resumen:** La peste de 1647 hace su aparición en Valencia y se propaga por toda España, hacia el Sur, hasta Sevilla, y hacia el Norte, hasta Gerona, y llega a Alguer (Cerdeña) y a Italia. Todas las fuentes documentales nos hablan de un gran desastre demográfico en Cerdeña, pero es necesario hacer una evaluación crítica: es el tema de este artículo.

**Palabras clave:** peste, Cerdeña, siglo XVII.

**Resumé:** La peste de 1647 fait son apparition à Valence et elle se propage par toute l'Espagne, vers le Sud, jusqu'à Seville, et, vers le Nord, jusqu'à Gérone, et arrive à Alguer (Sardaigne) et à l'Italie. Toutes les sources documentaires nous parlent d'un grand désastre démographique en Sardaigne, mais il faut faire une évaluation critique: c'est le sujet de cet article.

**Mots clef:** peste, Sardaigne, XVIIIe. siècle.

La peste de mediados del siglo XVII tiene una dimensión mediterránea. Empieza en el Levante español, en Valencia, en 1647 y se propaga por toda España: hacia el sur, hasta Cádiz, Málaga y Sevilla; y luego hacia el norte, hasta Tortosa, Barcelona y Gerona, pasando, por un lado, a Aragón y, por el otro, a Provenza. En Barcelona se embarca en una nave de transporte y en 1652 llega a Alguer<sup>1</sup>. Y la isla de Cerdeña se

---

\* [relación presentada al 2<sup>nd</sup> European Social Science History Conference, Session Epidemics and Social History in the Mediterranean (Amsterdam, 5-7 march 1998)].

<sup>1</sup> Sobre la peste en el territorio español además del clásico J. de Villalba, *Epidemiología española, o historia cronológica de las pestes, contagios, epidemias y epizootias que han acaecido en España desde la venida de los Cartagineses hasta el año 1801*, Madrid, 1803, t. 1º, véanse los diferentes estudios presentados al *Primer Congrés hispano luso italià de demografia històrica (Barcelona, 22-25 abril 1987)* y la bibliografía que en ellos se encuentra.

convierte, así, en el puente entre España e Italiacuando, en 1656, la peste se traslada a Nápoles, con consecuencias devastadoras para esa gran ciudad. De ahí sube, luego, por la península italiana, tocando Abruzzo, Roma y, por último, Génova<sup>2</sup>.

Todas las fuentes de la época hablan de la peste de mediados del siglo XVII como un enorme desastre demográfico. ¿Fue realmente así? La valoración catastrófica de los contemporáneos necesita oportunas puntualizaciones que se basen en un análisis más preciso de la situación de la población. He tomado, para ello, como ejemplo el caso de Cerdeña que estudié hace algunos años.

En la isla mediterránea la mortandad de peste determinó a veces la completa desaparición de las aldeas más pequeñas. Pero en algunos casos incluso la vitalidad de las ciudades y de los aglomerados con una estructura social y económica más sólida parece comprometida por la crisis de mortandad. Según las fuentes históricas del tiempo, la ciudad de Sássari perdió cinco sextos de su población: o sea que; los muertos fueron entre veintidós y treinta mil frente a poco más de cinco mil supervivientes. La ciudad de Alguer se redujo al mínimo con 7.000 muertos en cincuenta días. En Cágliari (la capital contaba 4.000 fuegos antes de la peste, o sea 18-20.000 habitantes) murieron nada menos que 13 o 14.000 personas. En Iglesias el contagio privó a la ciudad de dos tercios de su población<sup>3</sup>.

Es evidente que se trata de estimaciones exageradas. En Cágliari el número de muertos sería prácticamente igual al de los habitantes efectivos. También los cálculos de Sássari parecen excesivos, ya que la población registrada en el censo fiscal de 25 años antes era de poco más de cuatro mil "fuegos"<sup>4</sup>. Con una mortandad tan alta cabría presuponer un notable aumento de la población urbana entre 1627 y 1652, un crecimiento muy improbable en años de estancamiento o incluso debajón demográfico.

Por tanto los cómputos de mortalidad se hacen por exceso como prueban las evaluaciones efectuadas con fines fiscales por el Consejo de Aragón en Madrid. Para el

<sup>2</sup> F. Manconi, *Castigo de Dios. La grande peste barocca nella Sardegna di Filippo IV*, Roma, 1994, pag. 36 sigs; Società italiana di Demografia Storica, *Popolazione, società e ambiente. Temi di demografia storica italiana (secc. XVII-XIX)*, Sezione V: *La peste del 1647-1657 nel Mediterraneo occidentale* (Relaciones y comunicaciones presentadas por autores italianos al I Congrès Hispano Luso Italià de Demografia Histórica), Bologna, 1990, pags. 549-720.

<sup>3</sup> Los datos cuantitativos están sacados de diferentes fuentes como Archivio di Stato di Sássari, *Archivio storico del Comune di Sássari*, b. 16, fasc. 3; Archivio di Stato di Cágliari, *Antico Archivio Regio*, D 20, Parlamento Lemos, fol. 1081; Biblioteca de Catalunya, *Sumario de todas las cartas de Su Magestad que contiene este libro, escritas al Illustrissimo Señor D. Pedro Martinez Rubio, durante la visita general que hizo en el Reyno de Cerdeña el año 1649 hasta el 1665*, fol. 448; Archivo de la Corona de Aragón, *Consejo de Aragón*, leg. 1102, carta de los *Consellers* di Caller al Consejo de Aragón del 23 de octubre de 1656; Archivio storico del Comune di Iglesias, *Sezione separata*, reg. 152, fol. 21v.

<sup>4</sup> G. Serri, *Due censimenti inediti dei "fuochi" sardi: 1583, 1627*, en "Archivio sardo del movimento operaio contadino e autonomistico", Cágliari, 1980, n° 11-13, pag. 378 (ahora también en B. Anatra - G. Puggioni - G. Serri, *Storia della popolazione in Sardegna nell'epoca moderna*, Cágliari, 1997).

órgano de gobierno de la Monarquía española no se explican 22.000 muertos en Sásari, una población que contaba, según cálculos de algunos años antes, con unos 20.000 habitantes<sup>5</sup>.

Las estimaciones hiperbólicas de los desastres de la peste parecen derivar de la imposibilidad de hacer evaluaciones por parte de los ayuntamientos y parroquias, pero sobre todo de la sugestión que esos trágicos eventos suscitan en los contemporáneos. Parecen dictadas incluso por la consabida astucia de los administradores locales, quienes tienden a presentar una situación peor de la realidad con la intención de sacar el mayor provecho económico y fiscal posible para sus ciudades. Alguer, que los consejeros municipales presentan despoblada, parece haber conservado un contingente importante de sus habitantes, porque en 1656 cuenta 437 fuegos efectivos<sup>6</sup>.

A pesar de la evidente imprecisión, la valoración de los contemporáneos tuvo una buena acogida en los anales de historia local. Más tarde, incluso la historiografía regional, de manera harto simplista, identificó la peste prácticamente como la única causa del derrumbe demográfico del siglo XVII.

Con estas observaciones críticas no se quiere redimensionar el efecto devastador de la pestilencia. Pues, efectivamente, las tasas de mortalidad son mediantemente superiores a las muy elevadas de la epidemia de los años anteriores en el territorio español. El cotejo de los censos de la población sarda de 1627 y 1655 evidencia que la disminución porcentual de la población urbana alcanza el 58% en Sásari, el 30,6 % en Ozieri, el 53,8% en Bosa, el 54,6 % en Alguer, el 41,7 % en Oristano, el 67,6 en Nulvi, llegando al 71,4 % en la aldea de Osilo<sup>7</sup>.

Por tanto, en cualquier caso, la mortalidad elevada, aunque los datos porcentuales resulten poco uniformes. Las fuertes diferencias entre un lugar y otro se pueden atribuir no sólo a los efectos imprevisibles del itinerario de la epidemia, sino también a los probables datos incompletos de los cálculos en las ciudades. Tampoco hay que olvidar la poca atendibilidad estadística de las cifras mínimas relativas a la mortalidad en las aldeas. Además las diferencias que se pueden encontrar incluso en áreas geográficas y económicamente homogéneas se justifican quizás con las poco uniformes metodologías de clasificación.

Por otro lado en la investigación estadístico-demográfica no se puede dejar de lado la importancia, a menudo decisiva, que tienen los factores económicos y sociales

<sup>5</sup> Archivo de la Corona de Aragón, *Consejo de Aragón*, leg. 1200, relación anónima sin fecha que anexa las actas del parlamento del conde de Lemos.

<sup>6</sup> Archivo storico del Comune di Alghero, *Lista de los principales y de comodidad de la Ciudad de Alguer (1656)*, doc. en catalogación.

<sup>7</sup> G. Puggioni, *Peste in Sardegna (1652-1657)*, B. Anatra - G. Puggioni - G. Serri, *Storia della popolazione* cit., tabla 6, pag. 221.

en la historia urbana. Para limitarnos al ejemplo de la despoblación del pueblo de Osilo, hay que preguntarse si ese extraordinario porcentaje de defunciones no esconde probables migraciones, después de la peste, de campesinos atraídos por las cercanas ciudades de Sássari y Alguer. Los descensos de población en las áreas rurales tienen que atribuirse, por tanto, sólo en parte a la mortandad por peste, sobre todo en vista de ciertas rápidas recuperaciones urbanas, del crónico estancamiento de la población rural y del colapso de muchas aldeas próximas a las ciudades. La movilidad de los hombres después de la peste, es un tema importante al cual volveré más adelante.

De todas formas, tanto las conjeturas de los contemporáneos (sean acertadas o equivocadas), como las elaboraciones estadísticas actuales sobre el número total de los muertos por peste, se refieren sólo a la población de los aglomerados urbanos: o sea, se refieren sólo a la parte más visible de la fuerza demográfica de Cerdeña, porque es la más interesante bajo el aspecto económico y fiscal. El mundo rural, en cambio, escapa a cualquier posibilidad de cómputo y, por ello, una gran incógnita para el historiador.

Pero también el estado demográfico de las ciudades y de las aldeas es de alguna manera un punto interrogativo. El típico fenómeno de la ocultación de personas, las fugas, las dispersiones y las emigraciones hacen problemáticos los cómputos y los empadronamientos. Por ejemplo, en la zona geográfica del norte de Cerdeña que padeció la primera oleada de contagio, Sássari, Alguer y Bosa –según el cotejo de los censos de 1627-1655– sufren pérdidas de más del 50%, mientras en las aldeas las pérdidas parecen ser más limitadas: en torno al 36%<sup>8</sup>. Entonces, ¿se muere más en las ciudades? Tal vez, pero no necesariamente. El dato puede engañar porque, en primer lugar, la epidemia no llega a todos los pueblos; luego, porque no todos los pueblos dan razón de sus pérdidas; y, por último, porque los pueblos con un sensato aumento medio de la población más limitado, parecen ser menos “agredibles” por la peste respecto a los grandes centros urbanos.

Si el “derrumbe” demográfico de las ciudades es un dato real, es también cierta la recuperación que se verifica a breve y medio término. Esta recuperación es posible gracias a la inmigración que proviene del campo. Un trasvase humano que resulta más importante y rápido cuanto más se vacía la ciudad y tiene, por tanto, necesidad de nuevos habitantes y cuanto más el campo es incapaz de resolver sus problemas de subsistencia cotidiana.

Éstas son las cuestiones que el historiador se puede plantear, pero hay también otras. Y es en este punto que se evidencian claramente los límites de la documentación

---

<sup>8</sup> G. Serri, *Crisi di mortalità e andamento della popolazione nella Sardegna del XVII secolo* en “Archivio Storico Sardo”, XXXI, Cagliari, 1980, pag. 182 (ahora también en B. Anatra - G. Puggioni - G. Serri, *Storia della popolazione* cit.).

archivística. Conocer con una cierta precisión las cifras absolutas de vivos y muertos es prácticamente imposible y, por otro lado, es también poco útil cuando se tienen fuertes dudas sobre la atendibilidad de lo escrito. El “antiguo régimen” demográfico -como sostiene Michel Vovelle- está condenado, por tanto, a ser conocido de manera aproximativa por lo menos durante este siglo, hasta mediados del XVIII.

La fuente que permite apreciar los movimientos demográficos en su globalidad es, para Cerdeña, el censo fiscal, o sea el registro del número de fuegos, que se efectuaba para repartir por núcleos familiares los tributos que había que pagar a la Corona española. Pero estos documentos contables, que sólo tienen finalidad fiscal, presentan claros límites para ser atendibles en un análisis histórico-demográfico. Es evidente que los fuegos que tributan no coinciden nunca con los núcleos familiares que existen realmente<sup>9</sup>. La diferencia está determinada por probables evasiones u omisiones, por objetivas dificultades de registro, por exenciones fiscales debidas a privilegios de clase o a condiciones de pobreza. Otro defecto del censo fiscal es que el número de habitantes se calcula por núcleos familiares, haciendo de esta manera muy problemática una investigación demográfica sobre la mortalidad. Pues, efectivamente, la disminución de los fuegos no significa necesariamente la desaparición de todo el núcleo familiar, que no aparece en el censo; y, por otro lado, un descenso global de fuegos puede ocultar una reducción del número de personas, incluso superior a la de los componentes de las familias.

La cuestión es que la numeración por fuegos no permite dar repuestas a toda una serie de interrogantes sobre los cambios que se verifican en el núcleo familiar a causa de la peste. La imposibilidad de determinar algunos elementos indispensables a la investigación demográfica (como la edad, el papel en el ámbito familiar, la nupcialidad, la movilidad familiar, etc.) no permiten una verificación correcta y articulada del fenómeno de la mortandad epidémica. Son, por tanto, fuentes sumarias que hay que tomar en consideración con mucha cautela y utilizar, a ser posible, en conexión con documentos analíticos como son los *quinque libri*. Los registros de las parroquias son seguramente los documentos de mayor interés para estudiar la crisis demográfica, porque permiten, a través de ejemplos de media y pequeña magnitud, una visión reducida pero precisa de la oscilación de la población<sup>10</sup>.

De todas maneras contar los muertos de peste siempre es una empresa ardua. Lo es, en primer lugar, por la dificultad de dominar una enorme masa de datos cuantitati-

<sup>9</sup> G. Serri, *Crisi di mortalità* cit., pag. 175 s igs.; G. Doneddu, *I donativi tra fiscalismo e demografia*, en *Acta Curiarum Regni Sardiniae. Istituzioni rappresentative nella Sardegna medievale e moderna*, Cagliari, 1986, pags. 355-361.

<sup>10</sup> J. Nadal - E. Giralt, *Ensayo metodológico para el estudio de la población catalana de 1553 a 1717*, en *Estudios de Historia moderna*, tomo III, Barcelona, 1953, pag. 277.

vos a menudo fragmentarios y no homogéneos; después, por las series archivísticas incompletas, a causa del frecuente deterioramiento de los registros; y, sobre todo, por el carácter aleatorio del registro de las defunciones. La fidelidad documental de las escrituras parroquiales siempre está en vilo: depende del estatus económico de los fieles (no siempre se registran las defunciones de los pobres, ni tampoco las bodas o bautizos que se celebran gratuitamente), del desinterés del clero por los recién nacidos no bautizados, de la precaria supervivencia de los párrocos en tiempo de peste y de las escasas posibilidades que éstos tienen de controlar el número de defunciones en los momentos críticos de la epidemia. Incluso cuando hay un cálculo separado de las defunciones realizado por la municipalidad con una lista diaria de los muertos de peste, sucede que de improviso el registro se interrumpe, probablemente a causa de la muerte del escribano. La labor estadística del municipio resulta, por tanto, frustrada y para el historiador los datos pierden bastante interés. Es lo que sucede en Alguer durante la fase aguda de la epidemia de 1652<sup>11</sup>.

Sin embargo el extraordinario valor documental de los *cinco libros* compilados en las parroquias es indiscutible. Los registros de las defunciones, nacimientos y matrimonios —si existen— garantizan un cuadro aceptable de los movimientos de la población de una comunidad. Consienten un análisis articulado de la crisis de mortalidad, no sólo por lo que respecta a la valoración de las pérdidas sino también por lo que atañe a la capacidad de recuperación de la población. Y, aunque permanecen dudas sobre la integridad y fiabilidad de los datos, es posible reconstruir, mediante la interconexión de las diferentes fuentes, las líneas tendenciales de la variación de la población y llegar a una cuantificación de máxima de las crisis y recuperaciones del poblamiento.

En estudios recientes de demografía histórica sobre Cerdeña en el siglo XVII aparece un cuadro histórico bastante claro: una poderosa movilidad de la población, altibajos de “vacío” y “lleno”, pérdidas que se alternan con recuperaciones de cierta importancia son los rasgos predominantes<sup>12</sup>.

La peste de mediados del XVII es en la historia de Cerdeña uno de los sucesos esenciales de un momento de gran precariedad demográfica<sup>13</sup>. Pero no se la puede considerar como la causa única e independiente de una crisis de larga duración. La gran carestía de 1680-81, por ejemplo, representa otro episodio importante de mortandad masiva en el campo<sup>14</sup>. Pero existen, también, innumerables causas de menor

<sup>11</sup> E. Toda y Güell, *Un poble català d'Italia. L'Alguer*, Barcelona, 1888.

<sup>12</sup> Véase una vez más: B. Anatra - G. Puggioni - G. Serri, *Storia della popolazione* cit.

<sup>13</sup> F. Manconi, *Castigo de Dios. La grande peste barocca*, cit.

<sup>14</sup> B. Anatra, *I fasti della morte barocca in Sardegna tra epidemia e carestia*, en B. Anatra - G. Puggioni - G. Serri, *Storia della popolazione* cit., pagg. 175-202; F. Manconi, *Il grano del Re. Uomini e sussistenze nella Sardegna d'antico regime*, Sássari, 1992, pag. 32 sigs.

entidad (plaga de langostas, crisis alimentarias, otras enfermedades epidémicas) que determinan un curso demográfico desfavorable durante el siglo<sup>15</sup>. La verificación de los cambios de la población, realizada en un largo periodo, da a entender lo inútil (y a veces incluso imposible a causa del silencio de los documentos) que es aislar los efectos negativos de la peste de los de otras calamidades, sobre todo de las repetidas crisis alimentarias.

En conclusión, los recientes estudios de demografía histórica demuestran que la peste no puede ser la única causa duradera del estancamiento o de la regresión de la población sarda en el siglo XVII. Por otro lado la historia europea nos enseña que casi siempre es la interacción de diferentes factores que determinan la reducción o la interrupción del proceso de crecimiento de la población. Después de los sucesos traumáticos y calamitosos, como la peste y la carestía total, los que determinan el colapso demográfico<sup>16</sup>. Unos efectos tan devastantes no se pueden atribuir sólo a la peste. Por otro lado, la insistencia de los cronistas de la época en describir la presencia de la langosta, las repetidas temporadas de sequía y la frecuencia de las malas cosechas parece avalar la tesis de un ataque conjunto y escalonado de calamidades distintas a los niveles del poblamiento.

Pero hay también factores provocados que determinan la despoblación de las aldeas. La disminución en las regiones de Cerdeña en las que el paso de la epidemia es dudoso (como Sarrabus) o donde no hubo contagio (como Gallura) prueban que no es sólo la peste la que determina el déficit de la población rural, sino que también el abandono y los movimientos migratorios hacia áreas de mayor vitalidad económica tienen una importancia fundamental.

Cágliari será repoblada después de la peste con extraordinaria rapidez por la gente de las aldeas del interior que afluyen masivamente a la capital para colmar el vacío que existe en los diferentes sectores del trabajo subalterno. También la ciudad de Sassari, aunque económicamente exhausta, es capaz de atraer a muchos ciudadanos de Córcega y de Gallura, hasta el punto que al cabo de dos o tres años su población pasa de cinco a ocho mil habitantes<sup>17</sup>.

Existe, por tanto, una especificidad urbana. Las ciudades que no tienen capacidad para mantener el ritmo normal de crecimiento se aseguran una rápida recuperación con la emigración. Todo esto sucede, evidentemente, a perjuicio de las áreas rurales

<sup>15</sup> J. Aleo, *Historia cronológica y verdadera de todos los sucesos y casos particulares sucedidos en la Isla y Reyno de Sardeña del año 1637 al año 1672* (manuscrito del siglo XVII de la Biblioteca del Comune di Cágliari).

<sup>16</sup> F. Hildesheimer, *La terreur et la pitié. L'Ancien Régime a l'épreuve de la peste*, Paris, 1990, págs. 78-80.

<sup>17</sup> Archivo de la Corona de Aragón, *Camara de Aragón, Cortes y Parlamentos*, reg. 382, fol. 831v.

que cada vez más se encuentran en deuda demográfica. Y éstas, quizás, la explicación de la reducción de la población en las aldeas de la comarca de Núoro, de Gallura y de Ogliastra que habían permanecido inmunes a la peste<sup>18</sup>.

Siguiendo la tendencia generalizada en el siglo XVII de considerables desplazamientos de personas hacia las ciudades, la población rural de Cerdeña abandona los asentamientos esparcidos que aún resisten en el campo para concentrarse en las ciudades y en aglomerados de una cierta magnitud<sup>19</sup>. El notable crecimiento de la población de Cágliari antes de que la ciudad fuese atacada por la peste, así como la considerable presencia de aldeanos en las listas de defunción del lazareto de la ciudad, son indicios inequívocos de la fuerte atracción que la ciudad había ejercido sobre la gente de la comarca que había abandonado el campo infestado por la peste y afligido por la carestía y la pobreza.

La epidemia es un acelerador de este proceso. Después de la peste el fenómeno del afinamiento urbano es todavía mayor y concierne a una masa importante de adultos en edad laboral y matrimonial. Es evidente que Cágliari, Sássari y Alguer tienen necesidad de brazos para reavivar la economía urbana y también necesitan hombres en grado de procrear. Si Cágliari ejerce una extraordinaria atracción para los jóvenes jornaleros que vienen de los pueblos del interior de la isla, Alguer –entre agosto y diciembre de 1652– es el teatro de esa “fiebre casamentera” que contagia a los habitantes de las ciudades después de la peste y que favorece la reanudación de la natalidad. Los que contraen matrimonio son hombres y mujeres de origen campesino que provienen de los pueblos del interior, algunos nobles de la ciudad, unos pocos mercaderes forasteros, varios soldados españoles de las guarniciones locales. Pero son, sobre todo, un gran número de viudos los que se unen apresuradamente en segundas nupcias: viudos que se casan con viudas, viudos que llevan al altar *donsellas* o viudas que contraen matrimonio con *fadrins*, solteros<sup>20</sup>.

¿Nos encontramos frente a la “ligereza” de costumbres, al proverbial “furor” sexual o al incontenible sentimiento de alegría colectiva durante la fase calante de la epidemia de la que hablan a menudo los cronistas de la peste?<sup>21</sup> Es obvio que los registros eclesiásticos no lo mencionan. Sin embargo el alto número de las nuevas uniones matrimoniales parece debida más que nada a una búsqueda desesperada de seguridad,

<sup>18</sup> Cfr. las estadísticas elaboradas por G. Serri, *Il censimento dei “fuochi” sardi del 1655* y por G. Puggioni, *Peste in Sardegna* cit., ambas B. Anatra - G. Puggioni - G. Serri, *Storia della popolazione* cit.

<sup>19</sup> J. Day, *Uomini e terre nella Sardegna coloniale (XII-XVIII secolo)*, Torino, 1987, pag. 128.

<sup>20</sup> Archivio vescovile di Alghero, *Llibre de matrimonios (1622-1656)*.

<sup>21</sup> J. Delumeau, *La peur en occident*, Paris, 1978 (cito de la edición italiana *La paura in occidente (secoli XIV-XVIII)*), Torino, 1979, pag. 181 sigs.); J. Nohl, *La mort noire. Chronique de la peste d'après les sources contemporaines*, Paris, 1986, cap. IV *L'élément érotique dans la peste*.

a una necesidad de aquella recíproca solidaridad que había desaparecido de manera brutal en los días de la epidemia. Para los alguerenses es impelente la necesidad de reconstituir el orden familiar trastornado por la mortalidad. Los que contraen matrimonio son sobre todo, como se decía antes, los recién llegados de los pueblos. La acostumbrada emigración lenta, regular y controlada de los tiempos normales sufre una imprevista aceleración que produce trastornos sociales de una cierta envergadura. Es entonces cuando Alguer, la antigua ciudad de origen catalán, empieza a perder en buena medida sus rasgos demográficos, culturales y económicos.

Si es verdad que la nupcialidad tiene un valor como elemento autoregulator del poblamiento<sup>22</sup> hay que decir, de todas formas, que las oportunidades de reajuste demográfico están prevalentemente en manos del afincamiento urbano. La verdadera linfa demográfica que asegura la supervivencia de la ciudad es, pues, este afincamiento urbano.

De todas formas, movimientos migratorios, nupcialidad y fecundidad parecen actuar de acuerdo. Una cierta recuperación demográfica a breve término parece se deba a la interacción de todos estos factores positivos. Cuando uno de estos elementos falla, la reactivación demográfica es sin duda más lenta. En la aldea de Nulvi, donde no concurre el factor determinante de la emigración, la grave hemorragia del contagio deja huellas evidentes en la nupcialidad y fecundidad, como atestiguan los datos sacados de los registros parroquiales.

Pero volvamos al campo. Sabemos que en muchos casos el abandono es temporal, concierne a personas individualmente, no asume casi nunca la dimensión del abandono total de la aldea. Las villas que desaparecen son pocas, tan sólo unas diez, ni más ni menos de las que resurgen al cabo de poco tiempo o que se fundan *ex novo*<sup>23</sup>.

En cambio el fenómeno consistente es otro. Es la fusión de la población rural, que cede un fenómeno menos evidente pero mucho más negativo, o sea el abandono temporal o definitivo de la tierra. Por tanto la crisis demográfica en el campo no coincide con el tope estadístico de la mortalidad epidémica o con el estancamiento, sino que está determinada en buena medida por la disgregación, consiguiente a las migraciones, del tejido rural.

Un ejemplo para apoyar estas afirmaciones. Cuando en otoño de 1652 (en ese momento la peste ha afectado sólo a algunas ciudades del norte de Cerdeña y, por tanto, a un área geográfica bastante reducida) desde Madrid el Consejo de Guerra de la Corona española pide que se haga el alistamiento de algunos centenares de solda-

<sup>22</sup> F. Lebrun, *Les crises démographiques en France aux XVII<sup>e</sup> et XVIII<sup>e</sup>*, en "Annales ESC", 1980, 2, pags. 233-234.

<sup>23</sup> G. Puggioni, *Peste in Sardegna* cit., tablas 9 y 10, pags. 685-686.

dos, reclutando uno o dos hombres por aldea, el virrey del momento se opone “por estar desierta la mitad del Reyno”. “La mayor falta que siempre ha tenido aquel Reyno –sentencia entonces el Consejo de Aragón– es de gente para la agricultura”<sup>24</sup>. Los vacíos del campo sardo son de grandes proporciones, perjudiciales para la suerte de la economía agrícola y, de cualquier modo, preexistentes a las devastaciones de la peste. Y ésa es la causa por la que enesemomento los intereses del territorio prevalecen incluso sobre la razón de Estado y las exigencias primarias de la guerra con Francia.

De manera muy esquemática se puede estimar la recesión demográfica tras la peste con el diferencial entre el coeficiente de mortalidad y el de natalidad. Un caso significativo de los efectos de esta relación se encuentra en la pequeña aldea de Cargeghe (Sassari), que permaneció deshabitada durante algunos años tras la epidemia de los meses de agosto-septiembre 1652. El fenómeno epidémico fue de brevísima duración: ya en octubre se registraron sólo cinco defunciones, que se redujeron aún más en noviembre y diciembre. Paradójicamente, justo el derrumbe de la mortalidad es la señal de la crisis demográfica, que se puede sacar de los registros de bautizos y bodas. Las bodas parecieron volver por sus fueros en noviembre-diciembre 1652 a causa del típico fenómeno de las segundas nupcias, pero sufrieron una caída vertical en los primeros meses de 1653; solo en 1656-57 se advierte alguna señal de recuperación en los registros parroquiales. Lo mismo sucede con los bautizos, que se redujeron a unos veinte en el periodo que va de julio de 1653 a mayo de 1654. Cuando los niveles de nupcialidad y de natalidad se reducen al mínimo, la acostumbrada recuperación compensatoria no se verifica ni en el breve ni en el medio término. Cargeghe no se despuebla completamente, como algunas fuentes sostienen, pero su potencial humano está muy comprometido<sup>25</sup>.

No son sólo los efectos de la epidemia los que determinan el prolongado colapso, sino también los otros factores tradicionales de la despoblación. Tras el paso de la peste algunos pueblos llegan a ser invivibles, hasta el punto que conviene emigrar hacia lugares que pueden asegurar la supervivencia. La desestructuración de la sociedad rural se convierte, por tanto, en un fenómeno imponente. Familias enteras que huyen de los lugares de origen, abandono total de pequeñas aldeas, reagrupación temporánea en otros lugares, asentamientos destinados al cabo de poco tiempo a desaparecer son el indicador de la gran precariedad del poblamiento rural y crecimiento del fenómeno de la movilidad y del vagabundeo en el campo<sup>26</sup>.

<sup>24</sup> Archivo de la Corona de Aragón, *Consejo de Aragón*, leg. 1198, del virrey Martínez Rubio al Consejo de Aragón, 25 de octubre de 1652.

<sup>25</sup> Archivio della Parrocchia di Cargeghe, *Quinque libri*, años 1652-1657.

<sup>26</sup> Archivio storico del Comune di Oristano, *Libro de la Conselleria (1655-1656)*; Archivio di Stato di Cagliari, *Antico Archivio Regio*, FG 13, fols. 134, 139, 167.

La incapacidad de recuperación de los pequeños pueblos como Cargeghe no se debe tanto a la dimensión reducida como a la atracción que las ciudades cercanas ejercen sobre las familias supervivientes. En los aglomerados urbanos, cuya economía necesita inmediatamente nuevas fuerzas laborales, el equilibrio demográfico se restablece enseguida –o casi– gracias al trasvase de población del campo y centros rurales. No es casual que la despoblación, definitiva o temporánea, total o parcial, ataña casi siempre a aldeas que no superan los cincuenta “fuegos”. El campo, habitualmente tributario de la ciudad de comestibles y bienes materiales, se convierte también en proveedor de hombres y de fuerza laboral en ocasión de la peste.

Como se decía antes, el fenómeno migratorio asume notables proporciones en Cágliari. La capital, con su floreciente economía mercantil, ejerce una gran fuerza de atracción entre los pobres de las zonas del interior. La ciudad y su puerto tienen urgente necesidad de colmar los vacíos que se han creado en el mercado del trabajo asalariado. Una radiografía de la cantidad y de la calidad de la migración hacia Cágliari nos la da un interesante documento de 1657, que consiste en una larga lista de los criados, descargadores del puerto y del mercado, de los hombres de los trabajos pesados en general, preparada por el municipio de Cágliari para favorecer y, al mismo tiempo, reglamentar el flujo migratorio. De un centenar de hombres de los trabajos pesados registrados en la lista, dos tercios provienen de las montañas del interior de la isla, o sea de aquellos lugares no afectados por la peste, cuya despoblación no tiene que atribuirse a la mortalidad epidémica sino al abandono debido a crecientes dificultades de la economía de subsistencia agropecuaria<sup>27</sup>.

Pero en Cágliari no sirven solo los hombres de los trabajos pesados. Para la regeneración de la economía ciudadana después de la peste es indispensable la aportación de los artesanos y obreros especializados. Para favorecer la inmigración desde las áreas interiores de Cerdeña y de otras regiones mediterráneas la práctica de las artes y oficios se liberaliza y se desvincula de los tradicionales límites corporativos<sup>28</sup>.

De esta manera la situación demográfica del campo está afectada por un doble proceso de depauperación: el segundo –el migratorio– es casi tan asolador como el epidémico. Y cuando el déficit demográfico de las ciudades es tan elevado que la recuperación natural es dificultosa y demasiado lenta, entonces intervienen las autoridades para marcar una aceleración con la repoblación “política”. El caso de Alguer es ejem-

<sup>27</sup> Archivio di Stato di Cágliari, *Reale Udienza, Pregoni viceregi*, IV 75/4, *Nomina dels bastaxus que se alistan en poder del Secretary infrascrit en execució de les crides de sa Señoria Illustrissima manades publicar als 24 de marzo 1652*.

<sup>28</sup> Archivio di Stato di Cágliari, *Reale Udienza, Pregoni viceregi*, IV 75/4, *Crida pera que no se impedescan los artistas mercantiles que se troban en esta Ciutat sens examinar y los que entran y entrarán del Regne y fora dell pera treballar...*

plificador. La ciudad había dejado de ser el eje de las relaciones mercantiles entre la isla y la madre patria española, pero para la Corona de Aragón seguía siendo una plaza de primordial importancia militar. La peste, a su paso, la deja desguarnecida de habitantes y soldados y a la merced de la flota francesa enemiga. Por tanto todos los esfuerzos de los gobernantes sardos se vuelcan en su repoblación y en la reorganización de sus defensas. El virrey subvenciona la rehabilitación de las fortificaciones y reorganiza la guarnición de soldados españoles reponiendo los efectivos con campesinos e, incluso, con bandidos de los pueblos del interior<sup>29</sup>.

En Madrid, en cambio, se hacen proyectos de repoblación de más envergadura, fomentando traslados hacia las principales ciudades sardas desde diferentes regiones del imperio. El Consejo de Aragón decide repoblar Alguer con súbditos napolitanos, sicilianos y milaneses. A todos ellos se les promete la concesión temporal de las casas y tierras que se han quedado sin dueño. Entre los pobladores que no son súbditos del rey de España se privilegia a los ligures porque éstos ya han dado buena prueba en el estado de Milán y en Parma tras la peste de 1630. En los proyectos de los gobernantes madrileños la laboriosidad ligur garantizaría una rápida reorganización de la economía sarda. En un arrebató optimista de la programación se piensa promocionar la industria de la seda y del aceite, el cultivo de huertos y jardines, la producción de forraje destinado a la cría de animales de trabajo, la creación de las industrias de papel y jabón, el armamento de *coralline* para la pesca del coral. Se confía mucho en la industriosisidad de los genoveses, pero, al mismo tiempo, se recela de ellos. Con prudencia se piensa distribuir a los “odiados” genoveses entre los diferentes centros habitados, para evitar que su concentración determine posiciones de hegemonía en el comercio local<sup>30</sup>. El Consejo de Aragón llega más lejos aún: invita a un cierto número de católicos irlandeses exiliados por motivos religiosos a trasladarse a Cerdeña y a ocupar las casas y las tierras sin dueño<sup>31</sup>.

Pero el proyecto de establecer colonos de proveniencia heterogénea en una tierra pobre no se puede realizar con facilidad. A causa de su reducida potencialidad económica y comercial, Cerdeña no es capaz de atraer ni a los súbditos de los demás reinos hispánicos, ni a los ligures ni, menos aún, a los irlandeses. En Cerdeña no es

<sup>29</sup> Biblioteca de Catalunya, *Sumario* cit., fol. 457; Archivo de la Corona de Aragón, *Consejo de Aragón*, leg. 1200, relazione della visita di Martínez Rubio, 29 marzo 1655; Archivo di Stato di Cagliari, *Antico Archivio Regio*, P 49, doc. n° 39.

<sup>30</sup> Biblioteca de Catalunya, *Sumario* cit., fols. 443-445; Archivo de la Corona de Aragón, *Consejo de Aragón*, leg. 1098, consultas del 13 de mayo y del 3 de octubre de 1653.

<sup>31</sup> Archivo de la Corona de Aragón, *Consejo de Aragón*, leg. 1151, carta del Consejo del 5 de mayo de 1653; Archivo general de Simancas, *Estado*, leg. 4126, consulta del 28 de mayo de 1653, y leg. 3036, consulta del 17 de septiembre de 1653.

posible efectuar experiencias análogas a las de Lombardía o Cataluña, donde el vacío provocado por la peste y la guerra se colman en pocos años con una imponente emigración que proviene no solo de Francia, sino también de Inglaterra, Holanda y Génova<sup>32</sup>.

El análisis de los registros de bodas en Alguer confirman que los enlaces matrimoniales entre antiguos y nuevos habitantes justo al acabar de la epidemia (en la fase de la “fiebre casamentera”) atañen sobre todo a alguerenses y aldeanos que provienen de los pueblos, salvo algunos casos de aristócratas y soldados españoles de guarnición en la ciudad<sup>33</sup>.

La lenta y limitada repoblación se basa sobre todo en el desplazamiento a corta distancia de individuos que se desarraigan fácilmente de las poblaciones rurales que después de la peste son inhabitables. La contribución de hombres y de civilidad que había venido de los Países catalanes durante los siglos anteriores no parece que se pueda repetir, pues Alguer ya no es el lugar de fácil abastecimiento de coral, una mercancía de enorme valor económico. Los lances del intercambio han cambiado en el tablero mercantil internacional y Alguer es sólo una plaza militar presidida por los soldados imperiales con costos elevadísimos. El Consejo de Aragón proyecta, incluso, “obligar a repatriar a los sardos que oy se hallan en diferentes partes” y asegurarles “muchas comodidades” y la concesión de los bienes que se han quedado vacantes en la ciudad<sup>34</sup>.

La política de repoblación con forasteros encuentra evidentes dificultades. En 1665 el virrey está obligado a conformarse con la hipótesis de una reorganización demográfica de las ciudades mediante el traslado de familias de campesinos sardos. Se piensa que cada aldea puede aportar sin dificultad un núcleo familiar elegido entre los más pobres. Lamedida seactúaen Sássari. A los nuevos habitantes que provienen de las zonas rurales (alrededor de seis mil personas en el trienio 1653-55) se les conceden las casas abandonadas y otras ventajas patrimoniales. También la ciudad de Alguer parece interesada en un fenómeno parecido en los años 1654-55. Las registros matrimoniales cuentan altos porcentajes (40-45%) de contrayentes no alguerenses: se trata sobre todo de sardos, pero también se encuentran esposos de origen ligure, provenzal, siciliano e ibérico<sup>35</sup>. ¿Estamos frente a nuevos, aunque pequeños, crisoles de nacionalidades, como siempre sucede en las ciudades marítimas del Mediterráneo después de la

---

<sup>32</sup> J. Nadal - E. Giralt, *Ensayo metodológico* cit., pags. 268-276; J. Nadal - E. Giralt, *La population catalane* cit., *passim*.

<sup>33</sup> Archivio vescovile di Alghero, *Llibre de matrimonios (1622-1656)*.

<sup>34</sup> Archivio de la Corona de Aragón, *Consejo de Aragón*, leg. 1098, consulta del 13 de mayo de 1653.

<sup>35</sup> A. Budruni, *Pestilenze e ripopolamento ad Alghero nell'età spagnola (1582-1652). Crisi e vitalità di una cultura urbana*, en “Quaderni sardi di storia”, V, Sassari, 1985-86, pag. 135 sigs.

peste? ¿O bien, más limitadamente son mezclas y alternancias a corto radio de acción de clases y familias? Sí, son quizás una cosa y la otra, pero siempre de manera moderada por la limitada envergadura económica y demográfica de las ciudades sardas.

Ciertamente el factor más eficaz para el reajuste demográfico son los movimientos migratorios interiores, el trasvase de la población rural a los aglomerados urbanos. Parece evidente, pues, que el crecimiento de las ciudades y de los pueblos importantes que se registra en los censos fiscales hay que atribuirlo no sólo a la recuperación fisiológica del poblamiento urbano después de la peste, sino también al masivo abandono del campo, que se convierte cada vez más en el territorio ideal del vagabundeo y pastoreo nómada. El proceso de concentración de la población sarda en las áreas urbanas que empieza después de la Peste Negra se completa y se define en su extraordinaria proporción tras la Peste Barroca<sup>36</sup>.

---

<sup>36</sup> J. Day - I. Calia - S. Bonin - A. Jelinski, *Atlas de la Sardaigne rurale aux 17<sup>e</sup> et 18<sup>e</sup> siècles*, Paris, 1993; B. Anatra, *Cagliari e il suo territorio*, en VV. AA., *La società sarda in età spagnola*, al cuidado de F. Manconi, Aosta, 1992, pags. 51-55.